

Marqués y Gobernador del Perú, deposita en Gonzalo toda su confianza, enviándolo hacia Quito.

La llegada de Gonzalo a Quito fué una apoteosis. Los nuevos colonos, tanto como los indios, que no eran precisamente amigos de los vencidos incas, sus antiguos dominadores, se dejaron prender en los atractivos de la personalidad brillante de Gonzalo, que muy pronto fué la persona más popular de aquella gobernación. Esta popularidad le iba a permitir lanzarse a una de las más peregrinas aventuras de todas las emprendidas por españoles en Indias: la «expedición de la canela»...

Los indios habían mostrado canela a los conquistadores, traída de los árboles que la producían, al otro lado de los Andes, en la región de los Quijos. ¡La canela! una de las especias que habían puesto en movimiento a los europeos en el siglo XV, uno de los ingredientes de la cocina, que se producía en Europa. Y tras ella se lanzó Gonzalo con cerca de tres centenares de hombres, cuidadosamente escogidos, dos mil indios, cerdos, caballos y todo lo que su experiencia le decía que era necesario en una larga exploración. Con ellos se puso rápidamente en camino, sin esperar al caballero Francisco de Orellana, que había marchado a las tierras que tenían repartidas, para organizarse a su vez. Pero nada de todo lo preparado le sirvió y cuando Orellana se reunió con él, gran parte de lo que llevaba se había perdido, entre lluvias y terremotos.

Gonzalo halló, sí, la canela, pero cuando de nada le servía, lejos de Quito y en medio de mil penalidades. Pero como, en el fondo, no iba sólo a buscarla, sino que corría —como tantos otros que dejaron sus huesos en las selvas— tras de lo que el Padre Bayle llama el «adorado fantasma»,

siguió adelante, por el Coca y el Napo, hasta que la situación (concluído todo bastimentos y sin indios que les ayudaran, pues los que traían habían muerto y los naturales eran escasos) se hizo insostenible. Fué entonces cuando Gonzalo ordenó construir un bergantín (¡hazaña maravillosa, en medio de la selva, sin instrumentos y casi sin clavos!), con el que se hicieron algunas exploraciones, hasta que Orellana se lanzó a una más larga, de la que nunca regresó junto a Gonzalo. Pero esto es tema aparte, que veremos en otra ocasión.

Gonzalo volvía, desesperado de que Orellana regresara, con los restos de su gente, medio moribundos todos, extenuados y casi sin vestidos, cubiertos sólo con harapos. Cuando salieron los de Quito a buscarlo, le dieron la noticia fatal del asesinato de su hermano el Marqués, y de cómo él quedaba como lugarteniente, hasta que la Corona dispusiera otra cosa.

* * *

La tercera etapa —y última— de la acción de Gonzalo en Indias, iba a emanar de este ascenso a la cabeza de la Gobernación que dejara vacante su hermano Francisco. Todos los conquistadores vieron en Gonzalo su jefe natural y el defensor nato de sus intereses, prefiriéndolo a cualquier otro. Pero aún habría una etapa de paz para Gonzalo. Fué cuando llegó al Perú el licenciado Vaca de Castro, contra el que se rebeló Almagro «el mozo», derrotado y muerto en la batalla de Chupas. ¡La sangre española teñía el suelo peruano cuando aún los indios no habían sido del todo sometidos!

Vaca de Castro había centrado su actividad en la campaña contra Almagro y los